



Foto: Juan Jesús García Vivas

# La televisión y el deterioro de la información

Desde que en los años 50 y 60 se la reconociera como Servicio Público bajo las premisas de formar, informar y entretener, las cadenas han optado progresivamente por copar sus parrillas de espacios de ocio sin prestar la atención debida y rigurosa a la realidad que nos rodea.

>> **Pedro Farias Batlle** / *Profesor de Periodismo*

Las primeras programaciones en la historia de la televisión son realizadas por las empresas que fabrican los aparatos porque necesitan crear contenidos que hagan que los ciudadanos compren televisores. Con el tiempo, y dado el elevado coste de los programas, se descubre que este medio es ideal para anunciar productos, es decir para la publicidad que ayudaría a mantener el gasto de la programación y, por qué no, convertirse en un negocio por sí solo, separado de la venta de aparatos. La televisión, desde sus comienzos, corre junta y de la mano con la publicidad y el entretenimiento. Pero junto al potencial que las empresas ven en el medio, gobernantes, políticos y educadores aplauden su capacidad para acercar

el mundo a los ciudadanos y los ciudadanos al mundo. Este canal podía entrar en todos los hogares y conseguir lo que nadie hasta entonces había conseguido: llevar a cualquier lugar, por muy recóndito que este fuera, la información y la educación. Con este segundo objetivo nace en Europa la televisión denominada de “Servicio Público” con la idea de informar y formar a través de sus programas, dejando espacios para el entretenimiento.

**El entretenimiento que se ofrece no ayuda a la formación de los ciudadanos y, en muchos casos, atonta y desinforma**

Este planteamiento se hacía allá por los años 50 y 60 y desde entonces las cosas han cambiado mucho. Basta con encender el televisor y hacer “zapping” para ver que la formación se ha quedado en el camino y que la información, en muchos casos es desinformación. Eso sí, mucho entretenimiento. Y esto no es malo. Es decir, la presencia de entretenimiento no es mala. El problema es que el que se ofrece no ayuda para la formación de los ciudadanos. En muchos casos atonta y desinforma, anestesiándonos de la verdadera realidad que nos rodea. Eso sí, todas las cadenas (incluidas las públicas) recogen como objetivos formar, informar y entretener. El problema es que no especifican su orden ni su prioridad.



De izquierda a derecha algunos programas de televisión: *Sálvame* (Telecinco), *Lo que diga la rubia* (Cuatro), *Tal cual lo contamos* y *La jaula* (Antena 3), *Gente* (Tve 1) y *La noria* (Telecinco).

La televisión se ha convertido en un producto más, como otro cualquiera, de la nueva sociedad del ocio en la que estamos inmersos. Como si de un supermercado se tratase acudimos a ella para escoger lo que más nos interesa. Y para ello es bueno que haya numerosas ofertas para poder elegir, es decir, pluralidad de cadenas y contenidos. En España, con las televisiones privadas, los canales por satélite y la incorporación de las plataformas y canales digitales, hay variedad televisiva. Ahora lo que nos preocupa es la calidad de su programación.

Igual que ocurre con los alimentos en los supermercados, que deben cumplir unos requisitos de calidad establecidos por las normas de sanidad, la programación de la TV debe cumplir también unos requisitos mínimos. Debe existir televisión para entretener, como existen productos

### **Necesitamos conocer lo que ocurre en nuestro entorno y para ello es necesario tener acceso a una información plural y contrastada**

para degustar aunque no alimenten, pero la televisión de entretenimiento no debe deformar, igual que exigimos que los productos para degustar no envenenen. Y esta es labor primero de los legisladores que establezcan un marco flexible y plural, pero controlado, para que esta situación se pueda dar; segundo de los responsables de las cadenas que apliquen las normas establecidas y suficientes elementos de autocontrol; y tercero de las labores de

“In Vigilando” de los organismos responsables (como los Consejos Audiovisuales allí donde existen) que garanticen su cumplimiento. Pero sobre todo se debe exigir rigor y profesionalidad en el tratamiento de la información.

Los ciudadanos necesitamos conocer lo que está ocurriendo en nuestro entorno. Para ello es necesario tener acceso a información plural en la que poder confiar que, una vez contrastada y procesada, permita tomar decisiones de la manera más libre e independiente posible sobre las cosas que nos afectan. Las informaciones que diariamente recibimos de los medios son muy variadas, sobre todo de la televisión (85,8 por ciento de los ciudadanos reconocen consumir diariamente información a través de la televisión). Gracias a los numerosos desarrollos tecnológicos de la última década el ciudadano cuenta en la actualidad con más medios por los que informarse pero esta información es, en muchos casos, más superficial.

La “banalización de la información” fomentada por los nuevos gustos informativos, más ligeros y ágiles pero de menor profundidad, amenazan la salud informativa de una sociedad que necesita como nunca de un informador profesional y riguroso y de unos medios que garanticen su trabajo con independencia. Los cambios en esos hábitos de consumo de información, que están obligando a transformar las estructuras de los medios, coinciden en el tiempo con una situación de crisis económica. Y esta conjunción está produciendo una auténtica “reconversión” del sector y deteriorando las condiciones

laborales de los profesionales de la información garantes, mediante el tratamiento profesional, de los contenidos rigurosos.

### **Los nuevos gustos, más ligeros y ágiles, pero de menor profundidad, amenazan la salud informativa de la sociedad**

En el deterioro del conjunto también afecta el enorme desconocimiento que el ciudadano tiene de quién es periodista. Los verdaderos informadores, los que batallan diariamente en los medios, son profesionales serios. Pero la explosión de programas y tertulias pseudo-informativas (más bien de entretenimiento pues muchas nada tiene que ver con la información) hace creer que cualquiera que aparece ante un medio de comunicación es un informador. Aunque algunos puedan tener el título, en esos programas no tratan y contrastan la noticia con el rigor necesario como hace un buen profesional. Esto ocurre sobre todo, como reconocen mayoritariamente ciudadanos y periodistas, en los de crónica social o “rosa”. En ellos son como un “médico” actuando como “curandero” cuando no como “hechicero”.

Groucho Marx, al que preguntaron sobre la calidad de la programación de la televisión, dijo que “...no se puede dudar de su función formativa. Cada vez que alguien enciende el aparato me voy a otra habitación y me pongo a leer un libro”. No haciendo nada y dejando que sea “la mano invisible del mercado”, que enunció Adam Smith, la que regule, nos vamos a envenenar. ●